

tariamente en todas las cabezas, y, aun sin saberlo ellas, en el espíritu de las masas, trabaja por producirse en los hechos con la fuerza de una verdad divina, es decir, con una fuerza invencible. Esa fé es la razon general; la palabra es su órgano; la imprenta es su apóstol; se difunde sobre el mundo con la infalibilidad y la intensidad de una religion nueva; quiere rehacer á su imagen las religiones, las civilizaciones, las sociedades, las legislaciones imperfectas ó alteradas por los errores y la ignorancia de las tenebrosas edades que han atravesado; quiere volver á sentar, en religion, — Dios uno y perfecto por dogma, la moral eterna por símbolo, la adoracion y la caridad por culto; — en política, la humanidad encima de las nacionalidades; — en legislacion, el hombre igual al hombre, el hombre hermano del hombre, la sociedad como un trueque fraternal de servicios y de deberes recíprocos, regularizados y garantidos por la ley; el cristianismo legislado! ¹.

Esto quiere y esto hace — ¡ que nos vengan todavía diciendo que no hay creencias, que no hay fé comun en los hombres de este siglo! Desde el

¹ *Legislaté*, voz que no es francesa, y que hemos traducido con otra que tampoco es castellana, pero que expresa exactamente la idea del autor. — N. del T.

establecimiento del cristianismo, jamas obra tan grande se ha consumado en el mundo con tan flacos medios. Una cruz y una imprenta, hé aqui los dos instrumentos de los dos mas grandes movimientos civilizadores del mundo.

.....

25 de mayo.

Esta noche, á la luz de una espléndida luna que se reverberaba en el mar de Mármara y hasta en las moradas lineas de las nieves eternas del monte Olimpo, me he sentado solo bajo los cipreses de la escala de los Muertos. Estos cipreses, que dan sombra á las innumerables sepulturas de los musulmanes, bajan desde las alturas de Pera hasta las orillas del mar, y estan cortados por algunos senderos mas ó menos rápidos que suben del puerto de Constantinopla á la mezquita de los dervis *giradores*. Nadie pasaba por allí á aquella hora, y hubiera podido creermé á cien leguas de una gran ciudad, si los mil rumores de la noche, traídos por el viento, no hubieran venido á morir en las trémulas ramas de los cipreses. Todos aquellos rumores, algo apagados ya por lo avanzado de la hora, — cantos de los marineros en los buques, batir de los

remos de los caiques en las aguas, sonidos de los rústicos instrumentos de los Búlgaros, tambores de los cuarteles y de los arsenales, voces de mugeres que cantan para adormecer á sus hijos en las ventanas enrejadas, largos murmullos de las populosas calles y de los mercados de Galata; — de cuando en cuando, el grito de los muzlimes en lo alto de los minarettes, ó un cañonazo, señal de la retirada, que partia de la escuadra fondeada á la entrada del Bósforo, y venia, repercutado por las mezquitas sonoras y por las colinas, á perderse en las olas del Cuerno de Oro y bajo los apacibles sauces de las aguas dulces de Europa: — todos estos rumores, digo, se confundian á veces en un solo zumbido sordo é indeciso, y formaban como una armoniosa música en que las voces humanas, la tarda respiracion de una gran ciudad que se duerme, se mezclaban, sin que se pudiese distinguirlas, con los rumores de la naturaleza, el lejano estruendo de las olas y las bocanadas del viento que doblegaba las agudas cimas de los cipreses. Esta es una de las impresiones mas infinitas y graves que puede soportar un alma poética: — todo se mezcla en ella, el hombre y Dios, la naturaleza y la sociedad, la agitacion interior y el melancólico reposo del pensamiento. No sabe uno si participa mas de ese gran movimiento de seres ani-

mados que gozan ó sufren en ese tumulto de voces que se alzan, ó de esta paz nocturna de los elementos que murmuran tambien y elevan el alma encima de las ciudades y de los imperios en la simpatía de la naturaleza y de Dios.

El serrallo, vasta península, ennegrecida con sus plátanos y sus cipreses, se adelantaba como un cabo de bosques entre los dos mares, ante mi vista. La luna blanqueaba los numerosos kioskos, y las antiguas paredes del palacio de Amurat salian, como un risco, de entre la sombría verdura de los plátanos; tenia presente á los ojos y en el pensamiento la escena en que hace siglos se han desarrollado tantos dramas siniestros ó gloriosos. Todos estos dramas se me aparecian con sus personajes y sus rastros de sangre ó de gloria.

Veia salir del Caucaso una horda arrojada de él por ese instinto de peregrinacion que Dios dió á los conquistadores, como se le ha dado á las abejas que salen del tronco del arbol para producir nuevos enjambres: veia la gran figura patriarcal de Otman en medio de sus tiendas y de sus rebaños, derramando un pueblo por el Asia Menor, avanzando sucesivamente hasta Brusa, muriendo entre los brazos de sus hijos que ya eran sus lugartenientes y diciendo á Orchan:

« Muero sin sentimiento porque dejo un su-

« cesor como tú; ¡vé á propagar la ley divina, el
 « pensamiento de Dios que ha venido á buscar-
 « nos de la Meca al Cáucaso; sé caritativo y cle-
 « mente como ella; así es como los príncipes
 « atraen sobre su nacion la bendicion de Dios!
 « no dejes mi cuerpo en esta tierra que no es
 « para nosotros mas que un camino, y ve á de-
 « positar mis despojos mortales en Constantino-
 « pla, en el sitio que yo mismo me designo en
 « mi postrera hora. »

Algunos años despues Orchan, hijo de Otman, estaba acampado en Scútari, en esas mismas colinas que tiñe de negro la sombra de los cipreses. El emperador griego, Cantacuceno, vencido por la necesidad, le dió la hermosa Teodora, su hija, por quinta esposa en su serrallo. La joven princesa cruzaba al son de los instrumentos ese brazo de mar donde veo flotar ahora las naves rusas, é iba, como una víctima, á inmolarse inútilmente por prolongar unos pocos dias la vida del imperio. Pronto los hijos de Orchan se acercan á la playa, seguidos de algunos valientes soldados; construyen en una noche tres balsas sostenidas por vegigas de buey infladas, y pasan el estrecho á favor de las tinieblas; los centinelas griegos están dormidos. Un muchacho labrador que salia con el alba para ir al trabajo, encuentra á los Otomanos estraviados, y les indica

la entrada de un subteraneo que conduce al interior del castillo, y ya con esto tienen los Turcos el pie y una fortaleza en Europa.

Cuatro reinados habian trascurrido, y Mahometo II respondia á los embajores griegos: — « Yo no emprendo cosa alguna contra vosotros; « el imperio de Constantinopla está limitado por « sus murallas. » — Pero Constantinopla, aunque tan estrechamente limitada, impide dormir al sultan, y enviando á despertar á su visir, le dice: » — Te pido á Constantinopla; no puedo conciliar el sueño en esta almahoda; Dios quiere darme los Romanos. » — En su brutal impaciencia, lanza su caballo á las olas que amenazan tragarle. — « Ea! » dijo á sus soldados; « el dia del último asalto, no me reservo mas « que la ciudad; el oro y las mugeres son para « vosotros. Prometo el gobierno de mi mejor « provincia al primero que ponga el pie en las « murallas. » Toda la noche, innumerables hogueras que reemplazan la claridad del dia iluminan la tierra y las aguas, tanto anhelaban los Otomanos aquel dia que debia entregarles su presa.

Entre tanto, bajo esa negra cúpula de santa Sofia, el valeroso y desventurado Constantino iba, en su postrera noche, á implorar al Dios del imperio, y á comulgar con lágrimas en los

ojos; al rayar la auróra. salia del templo á caballo, acompañado de los clamores y de los gemidos de su familia, é iba á morir, como un héroe, en la brecha de su capital: — aquel dia era el 29 de mayo de 1455.

Pocas horas despues, las puertas de santa Sofia caian deshechas á hachazos; los ancianos, las matronas, las doncellas, los frailes, las religiosas inundaban aquella espaciosa basílica, cuyos atrios, capillas, galerías, subterráneos, inmensas tribunas, cimborios y azoteas podian contener la poblacion de una ciudad entera; — un último grito se elevó al cielo, como la voz del cristianismo agonizante; en pocos instantes, sesenta mil ancianos, mugeres ó niños, sin distincion de clase, edad ni sexo, fueron amarrados de dos en dos, los hombres con cuerdas, las mugeres con sus velos ó sus cinturones. Aquellas parejas de esclavos fueron echadas en las naves, llevadas al campamento de los Otomanos, insultadas, trocadas, vendidas como viles rebaños. Jamas semejantes lamentaciones se oyeron en las dos orillas de Europa y de Asia; las mugeres se separaban para siempre de sus esposos, los hijos de sus madres, y los Turcos arrojaban, por diferentes caminos, aquel vivo botin, de Constantinopla hácia el interior de Asia. Constantinopla fue saqueada por espacio de ocho horas; luego Mahometo II entró

por la puerta de san Roman, rodeado de sus visires, de sus bajás y de su guardia; echó pie á tierra delante de la puerta de santa Sofia, é hirió con su alfange á un soldado que estaba rompiendo los altares. El emperador no quiso destruir nada; trasformó la iglesia en mezquita, y un muzlim subió por primera vez á lo alto de esa misma torre donde le oigo cantar á esta hora, para llamar á los musulmanes á la oracion y glorificar, bajo otra forma, al Dios á quien otros hombres adoraban en esta ciudad la víspera. Desde allí Mahometo II pasó al palacio desierto de los emperadores griegos, y recitó, al entrar, estos versos persas:

« La araña hila su tela en el palacio de los emperadores, y el mochuelo entona su canto nocturno sobre las torres Erasiab! »

Aquel dia se encontró el cuerpo de Constantino debajo de un monton de cadáveres: varios jenizaros habian oido á un Griego magníficamente vestido y luchando con la agonía, esclamar: — « ¿No habrá un cristiano que quiera quitarme la vida? » Los jenizaros le cortaron la cabeza; — dos águilas de oro bordadas en sus borceguies y las lágrimas de algunos Griegos leales no dejaron duda de que aquel soldado desconocido era el valiente y desgraciado Constantino. Su cabeza fué espuesta en la punta de una

lanza para que los vencidos no conservasen ni duda acerca de su muerte, ni esperanza de volver á verle; luego se le enterró con los honores debidos al trono, al heroísmo y á la muerte.

No abusó Mahometo de su victocia; la tolerancia religiosa de los Turcos se reveló en sus primeros actos. Dejó á los cristianos sus iglesias y la libertad de su culto público; conservó en sus funciones al patriarca griego; él mismo, sentado en su trono, entregó el cayado pastoral al monje Genadio y le dió un caballo ricamente enjaezado. Los Griegos fugitivos pasaron á Italia, adonde llevaron la afición á las controversias teológicas, á la filosofía y á las letras. La antorcha apagada en Constantinopla lanzó sus chispas al otro lado del Mediterraneo, y se encendió de nuevo en Florencia y en Roma. En el espacio de treinta años de un reinado que no fué mas que una conquista, Mahometo II añadió al imperio doscientas ciudades y doce reinos: murió en medio de sus triunfos y recibió el dictado de Mahometo-el-Grande: todavía ilustra su memoria los últimos años del pueblo que lanzó á Europa, y que pronto llevará su tumba al Asia. Aquel príncipe tenia la tez de un tártaro, los ojos hundidos, la mirada profunda y penetrante: — siempre tuvo todas las virtudes y todos los vicios que le impulsó la política.

Bayaceto II, el Luis XI de los Tártaros, hace arrojar á sus hijos al mar, y lanzado del trono por Selin, huye con sus mugeres y sus tesoros, y muere del veneno preparado por su hijo. Este Selin, por única respuesta al visir que le preguntaba donde habia de colocar sus tiendas, hace ahorcar al visir: el sucesor de este hace la misma pregunta y sufre el mismo castigo; el visir siguiente manda colocar las tiendas, sin preguntar nada, mirando hácia los cuatro puntos del universo, y cuando Selin pregunta donde está su campamento: « En todas partes, » le responde el visir; « tus soldados te seguirán á dó quiera que dirijas tus armas. » — « Así es como quiero que se me sirva, » dijo el terrible sultan. Él fué quien conquistó el Egipto, y quien, sentado en un magnífico trono, erigido en la orilla del Nilo, se hizo traer la raza entera de los opresores de aquel hermoso territorio, y mandó sacrificar á veinte mil Mamelucos á su vista, — todo esto sin crueldad personal, y solo en virtud de aquel sentimiento de fatalismo que cree en su mision, y que, por cumplir la voluntad de Dios, de la que se tiene por instrumento, mira el mundo como su conquista y á los hombres como el polvo de sus pies. Aquella misma mano, teñida en la sangre de tantos millares de hombres, escribía versos llenos de resignacion, de dulzura

y de filosofía. Todavía subsiste el pedazo de marmol blanco en que escribió estas sentencias :

— « Todo emana de Dios; él nos da á su arbitrio ó nos rehusa lo que le pedimos. Si alguno en la tierra pudiera algo por sí mismo, sería igual á Dios. » Mas abajo se lee : — « Selin, el servidor de los pobres, compuso y escribió estos versos. » Conquistador de la Persia, muere encargando á su visir que haga piadosas restituciones á las familias persas arruinadas por la guerra. Su sepultura está colocada junto á la de Mahometo II, con este arrogante epitafio : — « En este dia, el sultan Selin pasó al reino eterno, dejando el imperio del mundo á Soliman. »

Desde aquí veo relucir, entre los cimborios de las mezquitas, la resplandeciente cúpula de la mezquita de Soliman, una de las mas magníficas de Constantinopla. Acababa Soliman de perder su primer hijo, Mahometo, que tuvo de la célebre Rojelana, y esta mezquita recuerda un tierno testimonio del dolor de aquel príncipe. Para honrar la memoria de su hijo, dió libertad á una multitud de esclavos de ambos sexos, deseando asociar de este modo simpatías á su dolor.

Pronto las cercanías de aquella misma mezquita fueron ¡ ay! teatro de un drama terrible. Soliman, irritado contra un hijo suyo habido en otra muger, Mustafá, llama al Muftí y le pregun-

ta : — « ¿ Qué castigo merece Zair, esclavo de un mercader de esta ciudad, que le ha confiado, durante un viage, su esposa, sus hijos, sus tesoros? Zair ha desatendido los negocios de su amo, ha intentado seducir á su muger, ha tentado emboscadas contra los hijos; ¿ qué castigo merece el esclavo Zair? »

— « El esclavo Zair merece la muerte, » escribe el Muftí. « Dios sea el mejor. »

Soliman, armado con esta respuesta, llama á Mustafá á su campamento. Llega el joven, acompañado de Zeangir, un hijo de Rojelana, pero que, lejos de participar del odio de su madre, profesaba á su hermano Mustafá el mas tierno cariño. Apenas llega ante la tienda de Soliman, Mustafá es desarmado : penetra solo en el primer recinto, donde reinaban una completa soledad y un mustio silencio. Cuatro mudos se precipitan sobre él y forcejean por ahogarle, pero él los tira al suelo, y ya está á punto de escaparse y de llamar en su auxilio al ejército que le adora, cuando el mismo Soliman, que seguia con los ojos la lucha de los mudos contra su hijo, levanta una punta de la cortina de su tienda, y les lanza una mirada de furor; entonces los esclavos se levantan y consiguen ahogar al joven príncipe : su cuerpo fué espuesto sobre una alfombra delante de la tienda del sultan. Zeangir espira

de desesperacion sobre el cadaver de su hermano, y el ejército contempla con despavoridos ojos la implacable venganza de una muger de quien el amor ha hecho esclavo al desgraciado Soliman. Mustafá tenia un hijo de diez años, y Rojelana arrancó al sultan la orden de su muerte. Un emisario secreto está encargado de burlar la vigilancia de la madre de aquel niño; se discurre un pretexto para llevarla á una quinta de recreo, poco distante de Brusa: el niño iba á caballo delante de la litera de la princesa. Rómpele la litera; el joven príncipe continua su camino, seguido del eunuco encargado de la orden secreta de su muerte: apenas entra en la quinta, el eunuco le detiene y le presenta el fatal cordon. — « El sultan manda que mueras ahora mismo, » le dice. — « Esa orden es tan sagrada para mí como la del mismo Dios, » responde el niño, y presenta su cabeza al verdugo. La madre llega y encuentra el cuerpo palpitante de su hijo en el dintel de la puerta. El insensato amor de Soliman á Rojelana llenó el serrallo de mas crímenes que los que vió el palacio de Argos.

Las Siete Torres me recuerdan la muerte del primer sultan inmolado por los jenizaros. Otman, llevado por ellos á aquella fortaleza, cae dos dias despues bajo la cuchilla de Daoud, visir. Este visir, poco tiempo despues, es condu-

cido tambien á las Siete Torres, y allí le arrancan su turbante, le hacen beber en la misma fuente en que bebió el desgraciado Otman, y le ahorcan en la misma estancia en que él asesinó á su señor. El *ada* de los jenizaros, de los cuales un soldado osó poner la mano sobre Otman, es anulada, y hasta la abolicion de este cuerpo, cuando un oficial llamaba la sexagésima quinta *ada*, otro oficial respondia:

« Perezca la voz de esa *ada*! quede destruida
« para siempre la voz de esa *ada*! »

Los jenizaros, arrepentidos del asesinato de Otman, deponen á Mustafá, y van á pedir de rodillas al serrallo un niño de doce años para darle el imperio. Vestido con un magnífico ropage de tela de plata, el turbante imperial en la cabeza, sentado en un trono portatil, cuatro oficiales de los jenizaros le levantan en hombros y pasean al emperador niño en medio de su pueblo. Aquel emperador fué Amurat IV, digno del trono á que le hicieron subir en tan temprana edad la rebelion y el arrepentimiento.

Aqui acaban los dias de gloria del imperio otomano. — La ley de Soliman, que mandaba que los hijos de los sultanes viviesen prisioneros entre eunucos y mugeres, enervó la sangre de Otman, é hizo presa al imperio de los amaños de los eunucos y de las rebeliones de los jenizaros. De tarde en

tarde brillan en la historia del imperio turco algunos nobles caracteres, pero son impotentes, porque se han acostumbrado temprano á no tener voluntad. Digase lo que se quiera en Europa, es evidente que el imperio ha muerto y que un heroe podria todo lo mas volverle una apariencia de vida.

El serrallo, ya abandonado por Mahmud, no es mas que una brillante sepultura: pero ¡cuan dramática y terrible seria su historia, si pudieran contarla sus paredes!

Una de las mas graves y dulces figuras de ese misterioso drama es la del desgraciado Selin que, depuesto y preso en el serrallo por no haber querido derramar la sangre de sus sobrinos, fué en su prision el maestro del actual sultan Mahmud. Selin era filósofo y poeta; el preceptor habia sido rey, el filósofo debia serlo algun dia. Durante aquella larga cautividad de los dos príncipes, Mahmud, irritado por la negligencia de un esclavo, se dejó llevar de la cólera hasta el punto de darle un bofetón. — «¡Ah! Mahmud, dijo Selin, cuando hayas pasado por el horno del mundo, no te arrebatrás de ese modo: cuando hayas sufrido como yo, sabrás compadecer todas las desgracias, y aun las de un esclavo.»

La suerte de Selin fué desgraciada hasta el fin,

Mustafá Baraictar, uno de sus leales bajás, armado por su causa, llega hasta Constantinopla y se presenta en las puertas del serrallo. El sultan Mustafá se dormia en las delicias, y aun en aquel momento, estaba en uno de sus kioskos sobre el Bósforo. Los bostangis defienden las puertas, Mustafá acude al serrallo; y mientras Baraictar batia las puertas con su artillería, pidiendo que le entregasen su amo Selin, este desventurado príncipe cae bajo el puñal del kislár aga y de sus eunucos. El sultan Mustafá hace arrojar su cuerpo á Baraictar, quien se precipita sobre el cadáver de Selin y le cubre de besos y de lágrimas. Buscan los insurrectos á Mahmud, que estaba escondido en el serrallo, temiendo que Mustafá haya derramado en él la última gota de la sangre de Otman, y le hallan en fin, metido debajo de unos rollos de alfombras, en un oscuro rincón del serrallo. Cree que le buscan para matarle, — pero le sientan en el trono y Baraictar se prosterna delante de él: esponen encima de las murallas las cabezas de los partidarios de Mustafá; cosen en sendos sacos de cuero á sus mugeres y las tiran al mar: pero pocos dias despues, Constantinopla se convierte en un campo de batalla; los jenizaros se rebelan contra Baraictar, y proclaman sultan á Mustafá, á quien la clemencia de Mahmud habia perdonado la

vida. El serrallo es sitiado, el incendio devora la mitad de Stambul; los amigos de Mahmud le piden la muerte de su padre Mustafá, que es lo único que puede salvar la vida del sultan y la de ellos: la sentencia espira en sus labios; se cubre la cabeza con un chal y cae sin fuerzas en un sofá; sus parciales se aprovechan de su silencio, y asesinan á Mustafá. Mahmud, último y único vástago ya de la sangre de Otman, era un ser inviolable y sagrado para todos los partidos. Baraictar habia hallado la muerte en las llamas, peleando al rededor del serrallo, y Mahmud dió principio á su reinado.

La plaza del Atmeidan, que se destaca desde aquí en negro sobre las blancas paredes del serrallo, recuerda el acto mas grande del reinado de este príncipe, la estincion de la raza de los jenizaros. Esta medida, que era la única que podia rejuvenecer y revivificar el imperio, nada produjo mas que una de las mas sangrientas y lúgubres escenas que ofrecen los anales del mundo: todavía está escrita en todos los monumentos del Atmeidan con ruinas y vestigios de cañonazos y de incendios. Mahmud la preparó cual profundo político y la ejecutó como un heroe: — un accidente determinó la última rebelion.

Un oficial egipcio dió un sablazo á un soldado turco; los jenizaros derriban sus ollas; el

sultan, noticioso de esto, y preparado á todo, se hallaba con sus principales consejeros en uno de sus jardines en Beschiktasch, sobre el Bósforo. Acude al serrallo, empuña el estandarte sagrado de Mahoma; el muftí y los ulemas, reunidos al rededor del estandarte sagrado, pronuncian la abolicion de los jenizaros; las tropas regulares y los fieles Musulmanes se arman y se reúnen á la voz del sultan; él mismo se adelanta á caballo al frente de las tropas del serrallo; los jenizaros reunidos en el Atmeidan le respetan: — el sultan atraviesa varias veces por en medio de su muchedumbre amotinada, solo, á caballo, arrostrando mil muertes, pero animado de aquel valor sobrenatural que inspira una resolucion decisiva: — aquel dia debia ser el último de su vida, ó el primero de su emancipacion y de su poderío. Los jenizaros, sordos á su voz, se niegan á reconocer á sus agas, y acuden de todos los puntos de la capital, en número de cuarenta mil hombres. Las tropas leales del sultan, los artilleros y los bostangis ocupan las bocas de las calles contiguas al hipódromo; el sultan manda romper el fuego, pero los artilleros titubean; un oficial resuelto, Kara-Djehennem, se precipita á uno de los cañones, dispara su pistola sobre el cebo de la pieza, y hace caer bajo la metralla los primeros grupos de los jenizaros.